

infames, almas abandonadas, corazones empedernidos, veis la justicia de Dios? ¿Veis cómo pone límites á su paciencia, y da fin á sus auxilios, cuando quiere y como quiere? ¿Quién pues ha de ser tan temerario, que quiera exponerse á tan triste suerte? Pecador, que me oyes, ¿cómo no tiemblas y te estremeces? ¿cómo no te caes muerto, al considerar, que no ménos que Faraon, tienes tú merecido igual castigo? Bien sabes los muchos é innumerables avisos, que te ha dado la bondad de Dios, para que te pongas en carrera de salvacion, y ¡todavía sordo y ciego como Faraon! ¡Pobre de ti, si no escarmientas en aquel infeliz y en el infame Júdas; pobre de ti en vida, y mucho mas en la hora de la muerte! Oye si no para tu escarmiento, lo que sucedió al malvado Semeí, porque á la verdad es un vivo diseño de lo que justamente puedes temer, que llegue á pasar por tí.

Fué, fieles, el caso que Semeí cometió los mayores insultos contra David, hasta maldecirle y apedrearle con la mas villana descortesía y deslealtad (1); llegó despues á pedirle misericordia, y el piadoso rey le perdonó por entónces (2), pero al tiempo de morir le recuerda á su hijo Salomon los excesos de Semeí, para que no los deje sin castigo (3). Entra Salomon en el reino, y al punto hizo llamar á Semeí para prevenirle, como le previno, que podia edificar casa en Jerusalem y vivir en paz, puesto que su piadoso padre le perdonó la vida; pero que advirtiese, no habia de salir de la ciudad mas que hasta el torrente Cedron, porque de lo contrario pagaria la salida con su muerte. Pasa un año, dos y tres, y sabiendo Semeí, que se le iban fugitivos unos esclavos, pónese luego en camino para traerlos; tiene el rey noticia del caso, y al punto le manda quitar la vida (4). Hasta aquí es la Historia sagrada; notád ahora con el Pictaviense (5), que desde el principio de su reinado pudo Salomon quitar la vida justamente á Semeí; pero no lo hizo, sino que, para mayor justificacion de la causa, le esperó piadoso, y no solamente le esperó, sino que le previno con avisos, para que mirase por sí. Por consiguiente si Semeí hubiera observado los avisos de Salomon, nunca hubiera venido á fin tan desgraciado, porque continuaria el rey su misericordia, y

(1) II. Reg. c. 16. v. 6. (2) II. Reg. c. 19. ex v. 18. (3) III. Reg. c. 2. v. 8.
(4) Ibid. ex v. 36. (5) Berchor. 2. 12. mor. in III. Reg. c. 2.

si llegó á experimentar de golpe la justicia, fué porque se olvidó neciamente de sus avisos. No te lo dije ya? le dice el rey; no te previne? Paga pues con la vida el desprecio de mis avisos.

¡Oh válgame Dios, y quién viese á este desdichado en la presencia del rey, cuando le notificó la sentencia! ¡Oh quién le viese, cuando ya Banájas desenvainaba la espada para matarle! Cómo tendria entónces su corazon? qué le diria su conciencia? ¡Oh pobre de mí, que por haber salido tras de mis esclavos, he venido á tanta desdicha! Pues qué haré? pediré misericordia? Pero ya no es tiempo. Alegaré alguna excusa? Pero cómo podré, si me avisaron? Oh nunca hubiera salido de Jerusalem! Pero tarde lo conozco, pues ya no tiene remedio. Veisle, fieles, convencido! Pues mirád á un pecador, de quien es imágen la mas viva.

Mírate, mal cristiano, en la hora de la muerte; tú que despreciando la ley santa y la voluntad soberana de tu Dios, sales desatinado tras de tus esclavos los apetitos, mírate ya delante de Jesucristo; mira, cómo te hace cargo en el juicio del abominable desprecio que hiciste de su eterno Padre, de la piadosa espera, con que te aguardó su misericordia; pero muy en particular del olvido ingrato de sus inspiraciones ó avisos. Ven acá, pecador, te dirá, como Salomon á Semeí; no te previne? no te avisé? ¿no te dije que abandonases los viles gustos del mundo, y la torpe amistad que tú sabes? ¿no te dije, que cada dia íbas atesorando mas y mas ira contra tí con ese mortal odio y venganza, con esos juramentos y blasfemias, con esa vida en fin disoluta y licenciosa? Qué responderás entónces? Oh cómo puedes temer la misma suerte que Semeí! Atencion si no á lo que dice su Majestad en los Proverbios, hablando con los pecadores (1): *porque os avisé, y no hicisteis caso; porque alargué mi mano para sacaros de la culpa, y dejasteis pasar la ocasion sin resolveros á dejarla; porque, saliendo de la culpa, volvisteis á ella, despreciando mis consejos para conservar la gracia; porque tuvisteis en poco las amenazas de mi justicia, abusando de mi piedad y misericordia; yo, dice Dios, me reiré de vosotros al morir; me reiré cuando infelizmente os vea perecer; me reiré de vuestra perdicion y eterna calamidad; me reiré sin*

(1) Prov. c. 1. v. 24. et seqq.

compasion, cuando vea que os atormentan los demonios; me reiré de vosotros, pues no hicisteis caso de los avisos, con que benignamente os llamé. Ó fieles, y qué formidable sentencia! ¿Quién no tiembla y se estremece, aún solo de imaginarla?

Ved, fieles míos, en lo que viene á parar el desprecio de los auxilios de Dios; ved el fin desastrado que se puede prometer quien se hace sordo á sus amorosas voces. Justos y pecadores, no perdáis jamas de vista esta contingencia tan formidable: de un auxilio aprovechado, aunque parezca muy pequeño, puede pender vuestra felicidad eterna; como por el contrario, de un auxilio malogrado, aunque sea el mas ligero, puede pender vuestra eterna desgracia. Por eso he querido predicaros sobre materia tan importante, para que aprovechéis las inspiraciones del Señor, sean de la clase que fuesen, y no perdáis esta ocasion, que puede ser la última que haya ordenado la divina Providencia para salud de vuestras almas. Hasta cuándo pues ha de durar la ceguedad? ¿No es ya tiempo de abrir los ojos, para evitar siquiera el golpe que os amenaza? ¿Qué adelantáis con resistiros ahora á los avisos de Dios, si es preciso, que algun dia os pese amargamente? Mirád, fieles míos, que á Dios nada le importa el que vosotros os perdáis; pero vosotros interesáis mucho en salvaros. Ahora es el tiempo de propiciacion; pues por qué ahora no le buscáis? ¿por qué ahora no correspondéis á sus amorosas inspiraciones? Ahora tenéis la penitencia para hacer las paces con Dios; para cuándo pues la dejáis? En el juicio supremo se muestra Dios ofendido; en el juicio de la penitencia se muestra Dios amoroso: en el juicio supremo no se admite apelacion; ahora podéis apelar desde el mismo Dios para mí, su indigno ministro, y se aplacará su justísima ira: en el juicio de Dios salen condenados los delincuentes; en el juicio de la penitencia salen absueltos los condenados: en el juicio supremo preside Dios como juez; en el juicio de la penitencia asiste como abogado.

Pues á qué aguardáis? Han llegado ya los dias de perdon y de misericordia; todos los tesoros del cielo van á derramarse en la tierra; la voz de la sangre de Jesucristo clama ya por vuestro bien y remedio: su misma cruz os está ejecutando por la mudanza de vida. Pues á qué aguardáis? vuelvo á repetir y repetiré mil veces. No es ya tiempo, alma cristiana, de que vuelvas sobre tí? ¿no es ya tiempo de que reconozas tus yerros, y te

des por obligada de los avisos de un Dios? ¿no es ya tiempo de que reconozcas por tu rey, á quien sin mas interes que tu propio bien, viene hoy á convidarte, para que te alistes debajo de sus banderas?

Abre ahora los ojos, pecador, ántes que veas por experiencia propia el desengaño; levántate del infeliz estado en que vives y has vivido, si no quieres parar en un infierno: mira que Dios te llama; mira que te busca; mira que te ruega, y aún quiere perdonarte compasivo: *Ecce Rex tuus venit tibi*. Á este fin viene hoy, sin embargo de tus continuas ingratitudes, llamándote con ternura y ofreciéndote de nuevo el perdon de tus pecados: hoy viene para tí, *venit tibi*; para tí viene ahora, si te das por entendido, repito, y concluyo con el Crisóstomo, porque de lo contrario vendrá contra tí, el que viene para tí.

¿Quién pues no se rinde á tan misericordioso llamamiento? quién se hace sordo á tan amorosas voces? Hay alguno en mi auditorio? Oh no lo permita el cielo! Llegád pues, fieles míos, á los piés de Jesucristo con el mas profundo respeto, dolor y sentimiento; llegád á sus plantas soberanas, y avivando vuestro espíritu, pedídele misericordia: mil infiernos merecemos por el desprecio que hemos hecho de su sangre sacratísima y de sus auxilios soberanos; pero al fin qué ha de hacer un pobre pecador? Á dónde ha de recurrir sino á quien le puede socorrer? ¿á dónde sino al amparo de su Dios y amabilísimo redentor?

Ó Jesus amoroso! ó Jesus dulce! ó Jesus amable! á vos nos acogemos los pobrecitos pecadores con lágrimas y suspiros; á vos nos acogemos con el mas vivo dolor y sentimiento de haber pecado. ¿Qué resta ya, ó Jesus amorosísimo! qué resta, sino que experimentemos vuestra misericordia infinita? Ciegos hemos vivido, ingratos y sordos á vuestras voces; por lo mismo, Señor, justísimo era, que, como lo habéis hecho con otros, nos arrojaseis tambien de vuestra presencia; pero, Dios amabilísimo, vuestra suma bondad ¿habia de permitir tragedia tan horrible? Vuestra sangre soberana ¿se habia de malograr de esta manera?

Ó Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion! permite que te hable dos palabras yo el menor y mas indigno de tus sacerdotes. Es verdad, Señor, que pecámos; pero ¿cuándo se vió que un átomo impidiese á la grandeza del sol, el co-

municar sus benignos rayos á la tierra? Pues si son ménos que un átomo nuestras culpas á vista de lo grande é infinito de tu misericordia, ¿será bien que ménos que un átomo impida sus influencias benignas? Bien conozco que por nuestros pecados somos merecedores de una y muchas muertes; pero si nos dais la muerte, ¿cómo enmendaremos la vida en adelante? Perdonád, Señor, mi atrevimiento; esto, Dios mio, se ha de acabar; el enojo no ha de pasar adelante: ó salgamos á otro partido: desenójate, Dueño de las almas, y mas que nos quites la vida, pues no hay muerte tan sensible como tu enojo; pero qué digo muerte? Seamos amigos, y mas que nos arrojes al infierno, que no será infierno el padecer por tu amor. Pues qué? ¿habia de llegar sobre los pecadores el golpe de tu indignacion? ¿habia de llegar sobre las almas, que tan devotas, como contritas, buscan vuestra clemencia en este sagrado templo, y en un tiempo tan dichoso, como el que tenemos delante de nuestros ojos? en una Semana santa? ¿en un tiempo, en que vinisteis á derramar vuestra sangre, y aún á dar la vida por nuestro bien y remedio? Eso no, Dios amantísimo, que pesa mucho el crédito de tu misericordia; eso no, que si merecimos el golpe por haber despreciado tus avisos, y no haber llevado frutos de buenas obras, ya con tu gracia llevaremos frutos de firme y verdadera penitencia. No lo prometéis así?

Sí, Dios mio, sí; todos, todos os damos esta palabra, y para mayor firmeza os la damos delante de la reina de los ángeles, María santísima, vuestra madre. Ó madre amantísima, y madre de pecadores! Como buena madre, amparád nuestra peticion: poderosísima sois en el cielo y en la tierra; no permitáis que se pierda la sangre de vuestro Hijo. Hemos pecado, es verdad; pero aquí nos tenéis, ó madre amabilísima! humildes y reconocidos; aquí nos tenéis, llorando nuestros desaciertos con amargura y quebranto: ya nos pesa con el mas vivo sentimiento, por haber ofendido á vuestro Hijo. No es así, fieles míos? ¡Ojalá que de dolor no me podáis responder! Ánimo pues y aliento para obligar á María y á su Hijo soberano; no mas ingratitude contra un padre tan amoroso; ántes morir que pecar; lloremos sí nuestras culpas; clamemos con amargura, diciendo de todas veras: *Señor mio Jesucristo, etc.*

PLÁTICA

DEL LAVATORIO DE LOS PIÉS.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DE TRENTO.)

Tu mihi lavas pedes?

Tú me lavas los piés?

S. Juan, c. 13. v. 6.

Humildad y caridad fueron las dos virtudes que admiraron siempre los Padres en la grande obra que hizo hoy el Redentor de lavar los piés á sus apóstoles, de manera que aunque la miraron con diversos aspectos y semblantes, siempre quedaron deslumbrados y aturridos por la luz de una humildad profundísima y de la mas inflamada caridad. Mirád pues, oyentes míos, si podia ser justa en ninguna manera la excusa de Pedro para no dejarse lavar de él los piés diciendo: *tú me lavas los piés?* Ántes justamente por lo mismo que soy quien soy, pudo responder Jesus, quiero lavártelos por humildad, y por ser tú quien eres, te los quiero lavar por caridad: bellas virtudes, en las cuales quiso dejar un insigne y brillantísimo ejemplo á todos, y con particularidad en mi dictámen á los grandes de la tierra, y aún con mas particularidad á los grandes de la Iglesia, como en pocas palabras voy á mostrar.

No puede ciertamente ser mas magnífico el exordio del Evangelista al referir el misterioso lavatorio de hoy. *Sabiendo Jesus, dice, que el Padre lo puso todo en sus manos, y que de Dios salió, y á Dios va...* (1) Mas por lo mismo ¿no os parece, seño-

(1) *Joann. c. 13. v. 3.*